

¿Perdemos o ganamos nuestra identidad con las nuevas tecnologías?

¿Es nuestra identidad el producto de las nuevas tecnologías? ¿Hemos inventado las nuevas tecnologías o ellas nos han inventado a nosotros? El ser humano siempre ha querido destacar por encima de todas las cosas, en eso se basa nuestra identidad. Somos los únicos seres racionales, los únicos capaces de preguntarnos por quiénes somos y cuál es nuestra identidad. Pero, ¿nos hemos parado a pensar que hemos creado algo que puede ser más inteligente que nosotros? Y es que, actualmente, podríamos decir que existen “las tecnologías de la inteligencia”. Hemos sido capaces de crear lo inimaginable. Pero a su vez, hemos perdido nuestra identidad, para vivir en un mundo donde solo existe una “identidad digital”. El ser humano cada vez que avanza un paso, da dos para atrás. Y es eso lo que ha sucedido con todo lo que nos rodea. Nosotros hemos creado la tecnología, pero ella ha construido nuestro pensamiento; nos ha reconstruido a nosotros. ¿Para qué queremos avanzar si realmente estamos dejando de ser quiénes éramos? Es evidente que nuestra identidad ha cambiado. El impacto que han tenido las nuevas tecnologías en el ámbito social, cultural, económico y político han modificado la forma de entender y construir la sociedad. Esta evolución ha alcanzado a la identidad individual y colectiva y ha provocado efectos psicológicos concretos. La sociedad occidental ha pasado de una forma comunitaria a otra en la cual el individuo es el centro. El individualismo es uno de los cambios más importantes de nuestra época. La construcción de la identidad individual constituye un trabajo laborioso que se va volviendo complejo. Antiguamente la tecnología no existía y la alternativa de comportamientos era menos amplia y las reglas de conductas eran más claras y más rígidas. En épocas pasadas, las personas tenían valor porque la naturaleza ya los marcaba como fines en sí mismos, pero actualmente las cosas, que nosotros mismos hemos inventado, debido a su utilidad, requieren más respeto y mayor dignidad. Nuestra identidad se nos ha escapado de las manos, para pasar a manos de las nuevas tecnologías. Es ella la que nos maneja y nos define.

Nuestra identidad, nuestra percepción del mundo real se ha perdido; se ha desvanecido para vivir únicamente centrados en un mundo tecnológico. ¿Podríamos vivir sin dispositivos electrónicos, sin Internet, sin redes sociales...? Nuestro día a día se basa continuamente en eso. Hemos dejado de valorar lo verdaderamente importante: ser felices por lo que somos, por cómo somos, y por lo que somos capaces de hacer por nosotros mismos. Y es que además, para tener un criterio de identidad personal, es

necesario desarrollar el concepto de intimidad, el cual se adquiere cuando uno empieza a distinguir entre la idea de yo y los demás. Pensamos y observamos lo que nos rodea externamente y paralelamente estamos en un cuerpo con unos sentimientos e ideas propias. Cuando dicha intimidad es invadida, perdemos cada vez más nuestra identidad. Y es que actualmente, debido a la existencia de la tecnología, todos podemos saber todo de todos: lo que hacemos, lo que pensamos, lo que nos gusta, nuestras debilidades, nuestros datos... Las redes sociales nos exponen, nos abren y nos permiten entrar en las vidas de los demás, de manera que somos más vulnerables a tener crisis de identidad: en lugar de cuestionarnos: “¿quién soy?”, nos decimos: “quiero ser como él/ella”. Se pierde la construcción de nuestra identidad propia. Expuestos como estamos a la vida ajena, proyectamos el deseo de identidad en el otro: queremos ser lo que vemos en los demás y perdemos de vista la búsqueda de eso que tenemos que nos hace únicos. Antiguamente no existía el concepto de bullying, y no es precisamente porque las personas fueran mejores que las de ahora. El acoso se debe a que cualquiera puede conocer todo lo que menos nos gusta de nosotros mismos, y eso da pie, a tener la suficiente información como para poder juzgarte. Las nuevas tecnologías nos permiten comunicarnos de manera virtual con personas que tanto pueden estar a un palmo de nosotros como a miles de kilómetros. Estos nuevos mecanismos, cambian lo que hacemos y también lo que somos. En cualquier cena de amigos, en una conferencia, en una clase, se nos ha hecho normal ver que las personas envíen e-mails, o WhatsApps, o entren en su perfil de Facebook para enterarse de las últimas novedades. Estas conductas que en un pasado reciente serían impensables, empiezan a ser vividas como cotidianas. Debemos recapacitar sobre ¿Cómo quedan las relaciones? ¿Y cómo quedan los espacios de autorreflexión y de intimidad? En realidad estamos solos, pero tenemos miedo a la intimidad. Estamos construyendo robots que nos den la ilusión de compañía sin las exigencias de la amistad, generando tres grandes y gratificantes fantasías: por un lado podemos poner nuestra atención donde queramos que esté, segundo tener la sensación de que seremos escuchados y tercero y más importante, que nunca estaremos solos. Relacionado con los problemas sociales y psicológicos, encontramos los trastornos por los ideales de belleza. A través de los medios de comunicación, además de incitarnos a comprar, que es un tema también importante que aborda nuestra identidad, se nos enseña la verdadera belleza, influyendo a todas las personas mentalmente, para que quieran ser así. Tanto nos influye, que existen cientos de personas que recurren a la cirugía estética para dejar de ser ellos físicamente. Pero la belleza se encuentra en

aquello que es diferente a los demás, y por tanto, si todos fuéramos como nos proponen, seríamos todos iguales, sin una identidad propia. Como sociedad estamos devaluando lo que solía ser central al pensamiento intelectual, que era el pensamiento profundo y creativo de los científicos y pensadores, que iba mucho más allá de solucionar problemas concretos. Nos estamos alejando cada vez más de la imagen de alguien entregado a la tarea de pensar. Esa imagen parece completamente pasada de moda. Nuestro ideal de pensamiento humano ha cambiado. Si quisiéramos saber quiénes somos nosotros, directamente lo escribiríamos en Internet, porque para nosotros es mucho más fácil que nos den todo hecho, sin esforzarnos para conseguir lo que queremos. Numerosos filósofos han abordado durante años los temas de la identidad humana. Locke se planteó si las personas son, sólo, seres humanos, es decir, seres biológicos. Aquí cabe entender "ser humano" de forma distinta a la usual: porque, para Locke, un ser humano es, sin más, un cuerpo animal en funcionamiento. Esta definición de Locke difiere, pues, de la de persona, según la cual ésta, entendida individualmente, debe albergar un contenido consciente continuo sobre uno mismo. Locke es criticado por Leibniz, quien ve que la idea de Locke se basa en que la identidad está en la memoria, así que si una persona no recuerda el crimen que cometió no es culpable, por ello Leibniz en su "Nuevo ensayo sobre el entendimiento humano" sugiere que la identidad se mantiene siempre y cuando exista un nexo de conciencia durante el tiempo. Leibniz añade además otro problema, la noción de "Alteridad" que contrapone a "Identidad" como aquello que se opone a la identidad y que sin embargo permite su conformación. Hobbes en "El Leviatán" propone una noción de identidad personal que parte de la raíz griega de la palabra persona, "prosopon" que significa "máscara", como "rol" que se asume en una obra de teatro, pero también como representación, en tanto que alguien puede representar el papel de otra persona sea real o ficticia ya sea como su representante, su abogado, o como un actor. Una frase de Albert Einstein dice que "Se ha vuelto terriblemente obvio que nuestra tecnología ha superado nuestra humanidad", y es que es más que evidente que la tecnología está por encima de nosotros y de nuestras capacidades; podríamos decir que nuestra vida es como un videojuego, donde nos dicen quiénes somos y nos determinan nuestra propia realidad.

En definitiva, el avance tecnológico ha provocado que el ser humano pierda por completo su identidad, ya que lo influye en todos los aspectos de su vida. La especie humana evoluciona del simio encorvado al erguido y orgulloso homo sapiens, con los

progresivos estadios caminando en fila india. ¿Pero que habrá en el final del camino? Un nuevo hombre tecnológico encorvado, otra vez, sobre su ordenador. Iremos más allá del cyborg, seremos una clase de Homo Technologicus, un ser que todavía ni imaginamos. ¿Se parecerá más a un robot o a un perfil de Facebook como si fuéramos una simple foto escaneada? ¿Será máquina o consciencia pura? Estamos ante el salto de la humanidad a la poshumanidad. El panorama parece de ciencia ficción. Tenemos la evolución de las máquinas, que pueden lograr alcanzar la inteligencia artificial hasta incluso querer llegar a superar a sus creadores, los humanos. Da vértigo. ¿Qué aspecto tendrían los poshumanos del futuro? Ahora debido a la ciencia, somos por primera vez capaces de tomar control de la evolución. Aunque está claro, que esto supone la pérdida por completo de quiénes éramos, destruyendo lo que un día la naturaleza formó como algo que creía perfecto. La tecnología acabará con nosotros, para formar seres de plástico y metal, quizás sin sentimientos, como una verdadera máquina. Pero, ¿de verdad creen que eso nos hará más felices?

Nicole A.M.